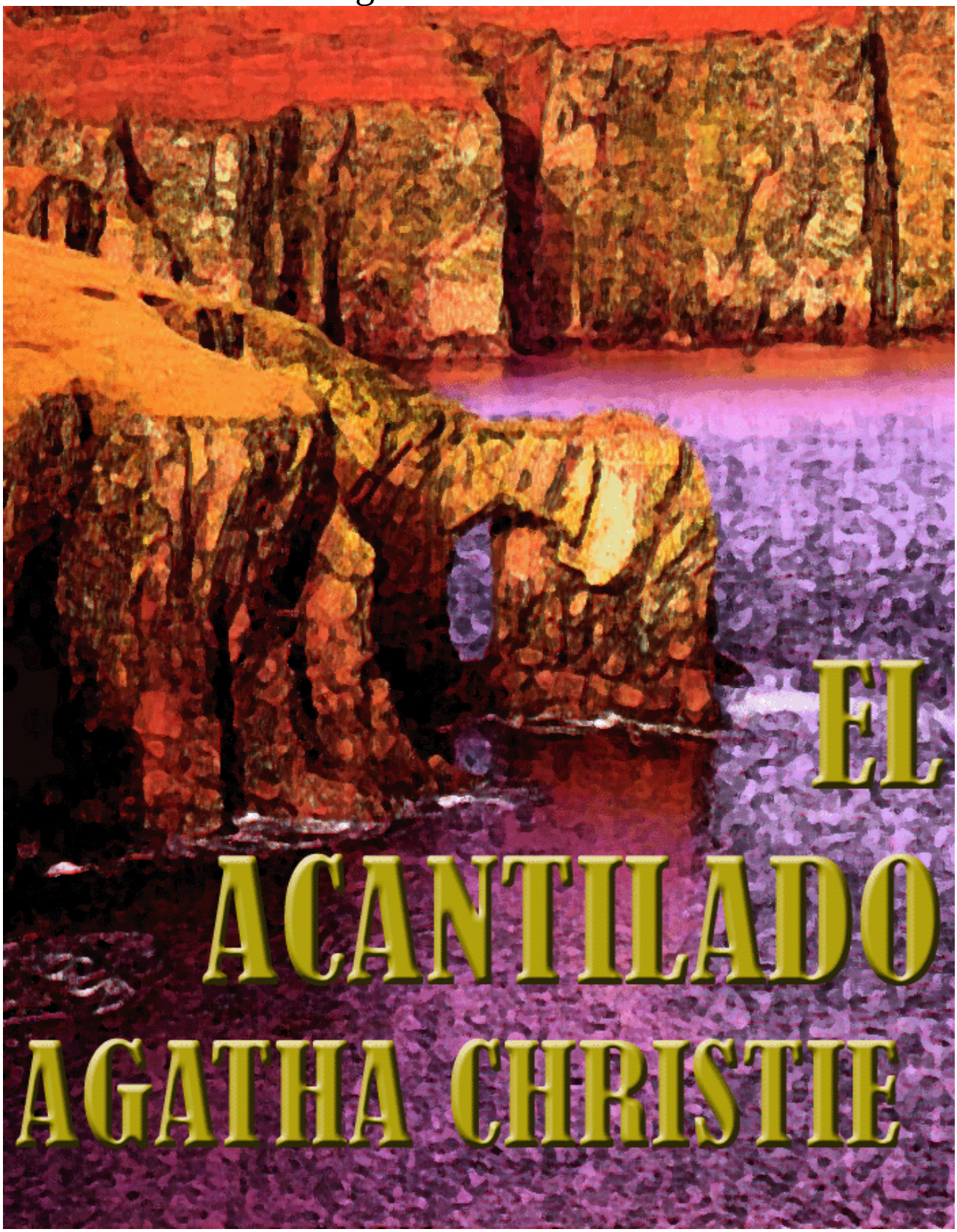
EL ACANTILADO

Agatha Christie



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Clare Halliwell recorrió el corto camino desde la puerta de su casa hasta la verja. De su brazo colgaba una cesta, y la cesta contenía una botella de caldo, gelatina casera y unos racimos de uva. En la aldea de Daymer's End no había muchos pobres, pero los pocos que había recibían asidua atención, y Clare era una de las voluntarias más diligentes de la parroquia.

Clare Halliwell contaba treinta y dos años. Tenía un porte erguido, un color saludable y unos bonitos ojos castaños. No era hermosa, pero ofrecía un aspecto lozano, agradable y muy inglés. Todos la apreciaban y decían que era buena persona. Desde la muerte de su madre, hacía dos años, vivía sola en la casa con su perro, Rover. Criaba pollos y le gustaban los animales y la vida al aire libre.

Mientras descorría el pestillo de la verja, pasó un coche biplaza, y la conductora, una muchacha con un sombrero rojo, la saludó con la mano. Clare devolvió el saludo, pero apretó los labios por un momento. Notó esa punzada en el corazón que siempre sentía al ver a Vivien Lee. ¡La esposa de Gerald!

Medenham Grange, que se hallaba a poco más de una milla de la aldea, pertenecía a la familia Lee desde hacía muchas generaciones. Sir Gerald Lee, el actual propietario de la villa, aparentaba mayor edad de la que tenía y, según muchos, se mostraba altivo en el trato con los demás. En realidad, su actitud pomposa ocultaba una considerable timidez. Él y Clare habían jugado juntos de niños. Más tarde fueron amigos, y muchos -incluida, debe decirse, la propia Clare- confiaban en que de esa relación surgiese un lazo más serio y estrecho. No había prisa, desde luego, pero algún día... Así se lo planteaba Clare en sus adentros: algún día.

Y de pronto, hacía apenas un año, la aldea recibió con asombro la noticia de que sir Gerald se casaba con una tal señorita Harper, una desconocida.

La nueva lady Lee no se granjeó la simpatía de sus convecinos. Los asuntos de la parroquia le traían sin cuidado; la caza la aburría; y el campo y los deportes al aire libre le causaban aversión. Los resabidos del lugar movían la cabeza en un gesto de pesimismo y se preguntaban cómo acabaría aquel matrimonio. No costaba adivinar por qué se había encaprichado de ella sir Gerald. Vivien era una belleza, menuda, delicada, grácil, de cabello rojo dorado que se rizaba encantadoramente en torno a sus preciosas orejas y grandes ojos de color violáceo capaces de lanzar insinuantes miradas de soslayo con absoluta naturalidad. En todos los sentidos ella y Clare eran, pues, polos opuestos.

Gerald Lee, con su masculina simplicidad, mostraba un vivo interés en que su esposa y Clare llegasen a ser excelentes amigas. Invitaba a Clare a cenar en la villa con frecuencia, y Vivien fingía una afectuosa familiaridad siempre que se veían. De ahí su alegre saludo de esa mañana.

Clare fue a cumplir su caritativa misión. El párroco se encontraba también de visita en la casa de la anciana en cuestión, y al salir caminaron juntos un trecho. Antes de seguir cada uno por su lado, se detuvieron un momento a hablar de asuntos parroquiales.

-Jones ha vuelto a las andadas -anunció el párroco-. Y esta vez, al ver que abandonaba la bebida por iniciativa propia, yo tenía la firme esperanza de que lo consiguiese.

-Vergonzoso -afirmó Clare categóricamente.

-Eso nos parece a nosotros -dijo el señor Wilmot-, pero debemos recordar que es difícil ponerse en su lugar y comprender su tentación. Para nosotros, el deseo de emborracharse resulta inexplicable; sin embargo, a todos nos asaltan tentaciones de una u otra clase, y eso debe servirnos para entender mejor las suyas.

-Supongo que así es -repuso Clare con escasa convicción.

El párroco la observó.

-Algunos tienen la fortuna de verse tentados escasas veces -dijo con delicadeza-. Pero incluso a esos les llega el momento. Mantente alerta y reza para no caer en la tentación. No lo olvides.

A continuación se despidió y se alejó con paso enérgico. Clare siguió andando, absorta en sus pensamientos, y al cabo de unos minutos casi tropezó con sir Gerald Lee.

-Hola, Clare. Confiaba en encontrarte por aquí. Estás radiante. ¡Y qué buen color!

Ese color acababa de aparecer en sus mejillas.

-Como te decía, esperaba encontrarte -continuó Lee-. Vivien ha de marcharse a Bournemouth este fin de semana. Su madre está enferma. ¿Podrías venir a cenar el martes en lugar de esta noche?

-¡Ah, sí! Lo mismo me da hoy que el martes.

-Todo arreglado, pues. Estupendo. Y ahora te dejo; tengo un poco de prisa.

Clare fue a casa y halló a su única y fiel criada aguardándola ante la puerta.

-Menos mal que ha llegado, señorita. No sabe qué lío se ha organizado. Han traído a Rover a casa. Esta mañana se ha marchado él solo y lo ha atropellado un coche.

Clare corrió junto al perro. Adoraba a los animales y sentía especial cariño por Rover. Le examinó las patas una por una y luego le palpó el resto del cuerpo. Rover gimió un par de veces y le lamió la mano.

-Si tiene alguna herida grave, es interna -dictaminó por fin-. No parece que haya huesos rotos.

-¿Lo llevamos al veterinario, señorita?

Clare negó con la cabeza. No confiaba demasiado en el veterinario de la aldea.

-Esperaremos hasta mañana. No da la impresión de que le duela mucho, y las encías tienen buen color, así que la hemorragia interna, si la hay, no puede ser muy abundante. Mañana, si no me gusta su aspecto, lo llevaré a Skippington en el coche para que Reeves le eche un vistazo. Es el mejor veterinario de los alrededores con diferencia.

Al día siguiente Clare notó a Rover más débil y llevó a cabo su plan como había previsto. Skippington estaba a unas cuarenta millas, un largo camino, pero Reeves, el veterinario de esa aldea, gozaba de gran reputación en muchas millas a la redonda.

Diagnosticó ciertas lesiones internas, pero confiaba en una total recuperación, y Clare se marchó de la consulta contenta de dejar a Rover en sus manos.

En Skippington había solo un hotel aceptable, el County Arms. Lo frecuentaban principalmente viajantes de comercio, pues no había buena caza en las inmediaciones de Skippington ni pasaba cerca ninguna carretera importante.

No servían el almuerzo hasta la una, y como faltaban aún unos minutos, Clare se entretuvo hojeando las entradas del libro de registro.

De pronto ahogó una exclamación. Conocía aquella letra, con sus bucles, volutas y florituras. Siempre la había considerado inconfundible. Habría jurado que era la suya, pero no podía ser. Vivien Lee estaba en Bournemouth. El propio nombre inscrito en el registro demostraba que era imposible: «Señor Cyril Brown y señora. Londres».

Pero contra su voluntad la mirada se le iba una y otra vez hacia aquella adornada caligrafía. Finalmente, movida por un impulso que era incapaz de definir, preguntó a la conserje:

-¿La señora de Cyril Brown? Me gustaría saber si es la misma que yo conozco.

-¿Es una mujer menuda? ¿Pelirroja? Muy guapa. Llego en un biplaza rojo. Un Peugeot, creo.

¡Así que era ella! Habría sido ya demasiada coincidencia. Como en un sueño, Clare siguió oyendo la voz de la conserje.

-Se alojaron aquí durante un fin de semana hace poco más de un mes y les gustó tanto el sitio que han vuelto. Recién casados, imagino.

-Gracias -se oyó contestar Clare-. No creo que sea mi amiga.

Su voz sonaba distinta, como si fuese de otra persona.

Ya sentada a la mesa, mientras comía rosbif frío en silencio, su mente era un laberinto de emociones y pensamientos contradictorios.

Sin embargo no albergaba la menor duda. Su primera impresión de Vivien había resultado acertada. Vivien era de esas. Sintió una vaga curiosidad por saber quién era el hombre. ¿Alguien que Vivien conocía de sus tiempos de soltera, quizá? Probablemente. Pero eso no importaba. Nada importaba salvo Gerald.

¿Qué haría Clare respecto a Gerald? Tenía derecho a enterarse, todo el derecho del mundo. Estaba claro que su obligación era contárselo. Había descubierto el secreto de Vivien por casualidad, pero debía poner al corriente a Gerald de inmediato. Ella era amiga de Gerald, no de Vivien.

No obstante, algo la incomodaba. No tenía la conciencia tranquila. En apariencia su razonamiento era intachable, pero el deber y la predisposición corrían sospechosamente parejos. Admitió que Vivien le inspiraba antipatía. Por otra parte, si Gerald Lee se divorciaba de su esposa -y Clare no dudaba que esa sería exactamente su reacción, pues era un hombre cuya concepción del honor rayaba en el fanatismo-, tendría vía libre para acudir a ella. Visto así, la asaltaban los escrúpulos, minando su determinación. Su propósito le resultaba injustificado y repugnante.

El elemento personal pesaba demasiado. No podía estar segura de sus propios motivos. En esencia, Clare era una mujer desinteresada e íntegra. Hizo el sincero esfuerzo de comprender cuál era su obligación. Deseaba, como en todos sus actos, obrar correctamente. Pero en ese caso, ¿qué era lo correcto y qué lo impropio?

Por azar había llegado a su poder una información que afectaba de manera vital al hombre que amaba y a la mujer por la que sentía aversión y, para ser francos, también celos. Podía arruinar la vida de esa mujer. Pero ¿estaba autorizada a hacerlo?

Clare siempre se había mantenido al margen de las murmuraciones y chismorreos que son parte inevitable de la vida en una aldea. Le desagradaba la sensación de verse de pronto como uno de aquellos seres retorcidos que siempre había dicho detestar.

De repente volvieron a su memoria las palabras pronunciadas por el párroco la mañana anterior: «Pero incluso a esos les llega el momento».

¿Le había llegado a ella el momento? ¿Era esa su tentación? ¿Se había presentado insidiosamente disfrazada de obligación? Ella era Clare Halliwell, una buena cristiana, y amaba a todos los hombres... y mujeres. Si decidía contárselo a Gerald, debía cerciorarse antes de que ningún motivo personal la inducía a ello. De momento callaría.

Pagó la cuenta y se marchó, invadida por una indescriptible paz de espíritu. En realidad, hacía tiempo que no se sentía tan feliz. Le complacía haber tenido la fortaleza de resistirse a la tentación, de no actuar de manera mezquina o indigna. Por un segundo se preguntó si aquel súbito optimismo se debía a cierta sensación de poder, pero la idea le pareció absurda y la descartó de inmediato.

El martes por la noche Clare se mantenía firme en su decisión. No sería ella quien desvelase el hecho. Debía guardar silencio. Su secreto amor por Gerald le impedía hablar. ¿Era acaso una actitud demasiado altruista? Tal vez; pero para ella no había alternativa.

Llegó a la villa en su pequeño automóvil. Como la noche era lluviosa, el chófer de sir Gerald esperaba ante la puerta principal para guardar el coche en el garaje en cuanto ella se apease. Acababa de arrancar cuando Clare recordó que había dejado dentro unos libros que se había llevado prestados en una visita anterior y deseaba devolver. Llamó al chófer, pero no la oyó. El mayordomo corrió tras él.

De modo que durante un par de minutos Clare se quedó sola en el vestíbulo, junto a la puerta del salón, que el mayordomo había dejado entornada cuando se disponía a anunciar su llegada. No obstante, quienes se hallaban en el interior ignoraban su presencia, y de ahí que

Vivien comentase con voz aguda y estridente -una voz que en nada se parecía a la de una dama-, claramente audible desde el vestíbulo:

-Solo falta Clare Halliwell. Ya la conocen, probablemente; vive en la aldea. Es, se supone, una de las bellezas del lugar, pero en realidad no tiene ningún encanto. Intentó por todos los medios atrapar a Gerald, pero él no mordió el anzuelo. -En contestación a un murmullo de protesta de su marido, añadió-: Es la verdad, cariño. Puede que tú no te dieses cuenta, pero hizo todo lo posible. ¡La pobre Clare! Es buena persona, pero tan poco agraciada...

Clare palideció, apretando los puños a los costados con una ira que nunca antes había sentido. En ese momento habría sido capaz de matar a Vivien Lee. Solo gracias a un supremo esfuerzo físico logró recobrar la serenidad. Gracias a eso, y a la idea medio formada de que tenía en sus manos el poder de castigar a Vivien por sus crueles palabras.

El mayordomo regresó con los libros, abrió la puerta y la anunció. Un instante después Clare saludaba a los presentes con su habitual amabilidad.

Viven, ataviada con un exquisito vestido de color vino oscuro que realzaba su blanca fragilidad, se mostró con ella más efusiva que de costumbre, casi empalagosa. Se quejó de que la veían poco por allí. Ella, Vivien, iba a aprender a jugar al golf, y quería que Clare la acompañase al campo.

Gerald estuvo muy atento y cordial. Pese a que no recelaba que Clare hubiese oído el comentario de su esposa, tenía la vaga necesidad de compensarla. Profesaba a Clare un gran afecto y lamentaba que su esposa dijese cosas como aquella. A él y a Clare los unía una buena amistad, nada más que eso, y si albergaba la menor sospecha de que hubiese en la afirmación de Vivien algo de verdad, la apartó de su mente.

En la sobremesa salió a colación el tema de los perros, y Clare contó el accidente de Rover. Intencionadamente esperó a que se produjese una pausa en la conversación para decir:

-Así que el sábado lo llevé a Skippington.

Oyó el súbito tintineo de la taza de café de Vivien contra el plato, pero prefirió no dirigir la vista hacia ella... todavía.

-¿Para ver a ese hombre, Reeves?

-Sí. Rover se pondrá bien, creo. Luego almorcé en el County Arms. Un sitio bastante agradable -Eligió ese momento para volverse hacia Vivien-. ¿Te has alojado alguna vez allí?

Si le quedaba aún alguna duda, se disipó en el acto. Vivien se apresuró a contestar con voz vacilante:

-¿Yo? Ah, no... no, no.

El miedo se reflejó en sus ojos, dilatándolos y oscureciéndolos. Los ojos de Clare, en cambio, nada delataban. Su mirada era serena, escrutadora. Nadie habría imaginado el intenso placer que ocultaba. En ese instante Clare casi perdonó a Vivien las palabras que le había oído pronunciar poco antes. Al saborear aquel poder en toda su plenitud casi le dio vueltas la cabeza. Tenía a Vivien Lee en un puño.

Al día siguiente Clare recibió una nota de la otra mujer. ¿Le apetecería tomar el té con ella tranquilamente esa tarde? Clare rehusó la invitación.

Vivien decidió entonces visitarla. Se presentó en dos ocasiones, a horas en que era muy probable encontrarla en casa. La primera vez Clare había salido realmente; la segunda, se escabulló por la puerta trasera al ver aproximarse a Vivien por el camino.

Aún no tiene la certeza de si lo sé o no, se dijo Clare. Quiere averiguarlo sin comprometerse. Pero no le daré esa satisfacción hasta que esté preparada.

Clare no sabía exactamente a qué esperaba. Había optado por guardar silencio; era lo más decente y honroso. Se sentía aún más virtuosa cuando recordaba la gran provocación de

que había sido objeto. Tras escuchar el modo en que Vivien hablaba de ella a sus espaldas, una mujer de carácter más débil, pensaba, habría renunciado a sus buenos propósitos.

El domingo asistió dos veces a misa. Primero a la eucaristía del alba, de la que salió fortalecida y espiritualmente reconfortada. Ningún sentimiento personal influiría en sus decisiones, nada superficial o mezquino. Acudió de nuevo a la iglesia para el oficio de la mañana. En el sermón, el señor Wilmot habló de la conocida plegaria del fariseo. Contó a grandes rasgos la vida de aquel hombre, un buen hombre, fervoroso creyente. Y describió después cómo se adueñó de él gradualmente la lacra del orgullo espiritual, hasta deformar y ensuciar su alma.

Clare no prestó mucha atención. Vivien se hallaba en el banco enorme y macizo de la familia Lee, y Clare intuyó que pretendía abordarla en cuanto acabase la misa.

Y así ocurrió. Vivien se acercó a Clare y la acompañó hasta su casa. Una vez allí le pidió que la dejase entrar. Clare accedió, naturalmente. Se acomodaron en la pequeña sala de estar, adornada con flores y anticuadas tapicerías de chintz. Vivien empezó a hablar con frases inconexas *y* entrecortadas.

-El fin de semana pasado estuve en Bournemouth, ¿sabías? -comentó al cabo de un rato.

-Eso me dijo Gerald -contestó Clare.

Se miraron. Ese día Vivien parecía casi una mujer corriente. Su rostro ofrecía un aspecto anguloso y amarillento que lo privaba de buena parte de su encanto.

-Cuando estuviste en Skippington... -prosiguió Vivien.

-¿Cuando estuve en Skippington? -repitió Clare cordialmente.

-Mencionaste un hotelito que hay en el pueblo.

-El County Arms, sí. No lo conocías, dijiste.

-He... he estado allí una vez.

-¡Ah!

Clare no tenía más que esperar tranquilamente. Vivien era incapaz de soportar cualquier clase de tensión. De hecho empezaba ya a perder el control. De pronto se inclinó y prorrumpió en un vehemente parloteo.

-No te caigo bien. Nunca te he caído bien. Me odias desde el principio. Y ahora estás divirtiéndote a mi costa, jugando conmigo al gato y el ratón. Eres cruel, muy cruel. Por eso te temo; porque en el fondo eres cruel.

-¡Esto es el colmo, Vivien! -exclamó Clare con tono cortante.

-Te has enterado, ¿verdad? Sí, ya veo que te has enterado. Lo sabías ya la otra noche, cuando hablaste de Skippington. De alguna manera lo has averiguado. Bien, pues quiero saber qué piensas hacer al respecto. ¿Qué piensas hacer?

Clare permaneció en silencio, y Vivien se levantó de un salto.

-¿Qué piensas hacer? Tengo que saberlo. ¿No irás a negar que estás enterada de todo?

-No pretendo negar nada -contestó Clare con frialdad.

-¿Me viste allí aquel día?

-No. Vi tu letra en el registro: «Señor Cyril Brown y señora».

Una llamarada cubrió el rostro de Vivien.

-Después he hecho algunas averiguaciones -continuó Clare con calma-. Me consta que no pasaste el fin de semana en Bournemouth. Tu madre no te pidió que fueses. Y unas seis semanas atrás ocurrió exactamente lo mismo.

Vivien se desplomó en el sofá y rompió a llorar a lágrima viva. Era el llanto de una niña asustada.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó entre sollozos-. ¿Vas a decírselo a Gerald?

-Aún no lo sé -respondió Clare. Se sentía serena, omnipotente.

Vivien se incorporó, apartándose los rojos rizos de la frente.

-¿Quieres que te lo cuente todo?

-Nada pierdo con escuchar, supongo.

Vivien desembuchó la historia completa, sin la menor reticencia. Cyril «Brown» era en realidad Cyril Haviland, un joven ingeniero con quien había estado prometida en otro tiempo. Cayó enfermo y perdió el trabajo, tras lo cual, sin el menor reparo, dejó plantada a Vivien para casarse con una rica viuda mucho mayor que él. Poco después Vivien contrajo matrimonio con Gerald Lee.

Volvió a encontrarse con Cyril por casualidad. A ese primer encuentro siguieron frecuentes citas. Cyril, respaldado por la fortuna de su esposa, prosperaba en su profesión y empezaba a ser conocido. Era una historia sórdida, una historia de citas clandestinas y continuas mentiras y maquinaciones.

-Le quiero tanto -gimoteaba Vivien sin cesar, y Clare sentía náuseas cada vez que oía esas palabras.

Por fin el balbuceo terminó, y Vivien masculló un avergonzado:

-¿Y bien?

-¿Qué pienso hacer? -dijo Clare-. No puedo responderte. Necesito tiempo para reflexionar.

-¿No me delatarás a Gerald?

-Quizá sea mi deber.

-No, no -La voz de Vivien se convirtió en un histérico chillido-. Se divorciará de mí. No se atendrá a razones. Preguntará en el hotel, y Cyril también se verá involucrado. Entonces su esposa se divorciará de él. Eso arruinaría su carrera, su salud... su vida entera; se quedaría otra vez en la miseria. Nunca me lo perdonaría. Nunca.

-Disculpa -dijo Clare-, pero ese Cyril no me merece muy buena opinión.

Vivien no la escuchaba.

-Te lo aseguro: me odiará. Me odiará. No podría soportarlo. No se lo cuentes a Gerald. Haré lo que me pidas, pero no se lo cuentes a Gerald.

-Necesito tiempo para tomar una decisión -repuso Clare con severidad-. No puedo prometerte nada sin antes pensarlo. Entretanto tú y Cyril no debéis volver a veros.

-No, no nos veremos más. Te lo juro.

-Cuando sepa qué es lo más correcto, te lo comunicaré.

Clare se puso en pie. Vivien salió de la casa abochornada, con andar furtivo, echando un vistazo atrás por encima del hombro.

Clare arrugó la nariz asqueada. Un asunto repugnante. ¿Cumpliría Vivien su promesa de no ver más a Cyril? Probablemente no. Era débil, resabiada sin remedio.

Aquella tarde Clare salió a dar un largo paseo. Había un camino que discurría por las colinas ribereñas. Serpenteaba cuesta arriba, y a su izquierda las verdes laderas descendían en ligera pendiente hacia el acantilado. Los lugareños lo conocían como la Vera. Aunque era seguro si uno se mantenía en el camino, apartarse de él podía resultar peligroso, pues aquel suave declive, pese a su inofensiva apariencia, era muy traicionero. Clare había perdido allí un perro en una ocasión. El animal, correteando por la hierba uniforme, cobró velocidad, y al llegar al borde del acantilado, fue incapaz de detenerse y se despeñó, estrellándose contra las afiladas rocas de la orilla.

Era una tarde clara y hermosa. De abajo llegaba el ruido de las olas, un relajante murmullo. Clare se sentó entre la corta hierba y contempló el mar azul. Debía afrontar aquella situación sin rodeos. ¿Qué se proponía hacer?

Pensó en Vivien con cierta aversión. ¡Cómo se había desmoronado! ¡Qué vilmente se había rendido! Clare sintió un creciente desprecio por ella. No tenía redaños; era una cobarde.

No obstante, pese a la antipatía que Vivien le inspiraba, Clare resolvió ser indulgente con ella por el momento. Cuando volvió a casa, le escribió una nota, anunciándole que si bien no podía prometerle nada a largo plazo, había decidido guardar silencio por el presente.

La vida continuó poco más o menos como siempre en Daymer's End. La gente notó muy desmejorada a lady Lee. Clare Halliwell, en cambio, nunca había tenido mejor aspecto. Le brillaban más los ojos; llevaba la cabeza más alta, y se advertía mayor aplomo en su actitud. Ella y lady Lee se reunían con frecuencia, y se observó que en tales ocasiones la mujer de menor edad escuchaba con aduladora atención hasta la última palabra de la otra.

A veces la señorita Halliwell dejaba escapar comentarios un tanto ambiguos, no del todo pertinentes a la conversación. Decía de pronto, por ejemplo, que últimamente había cambiado de opinión respecto a muchas cosas, que resultaba curioso cómo un detalle insignificante podía inducirla a una a modificar por completo sus puntos de vista, y que a menudo una tendía a dejarse influir demasiado por la compasión, lo cual era un error.

Cuando hacía observaciones de esa clase, solía mirar a lady Lee de un modo peculiar, y ésta de repente palidecía y parecía casi aterrorizada.

Pero a medida que avanzó el año esas sutilezas se tornaron menos manifiestas. Clare continuó con los mismos comentarios, pero aparentemente a lady Lee no la afectaban ya tanto. Empezaba a recobrar el buen aspecto y el ánimo. Volvió su alegría de antes.

Una mañana, cuando paseaba al perro, Clare se cruzó con Gerald en la calle. El spaniel de este confraternizó con Rover mientras su dueño charlaba con Clare.

-¿Conoces ya la noticia? -preguntó Gerald ilusionado-. Supongo que Vivien te lo ha dicho.

-¿Qué noticia? Vivien no me ha mencionado nada fuera de lo normal.

-Nos vamos al extranjero... por un año, o quizá más. Vivien está harta de esto. Nunca le ha gustado demasiado, ya sabes -Suspiró. Por un momento pareció abandonarlo su anterior optimismo. Gerald Lee estaba muy orgulloso de su casa-. El caso es que le he prometido un cambio. He alquilado una villa en Algiers. Un sitio precioso, según dicen -Dejó escapar una tímida risa-. Como una segunda luna de miel, ¿no?

Por un instante Clare fue incapaz de hablar. Era como si algo se hubiese atascado en su garganta y le impidiese respirar. Vio las paredes blancas de la villa, los naranjos; olió la brisa suave y perfumada del sur. ¡Una segunda luna de miel!

Escapaban. Sus amenazas no surtían ya el menor efecto en Vivien. Se iba, despreocupada, ufana, feliz.

Clare oyó su propia voz, algo más ronca, mientras expresaba los pertinentes parabienes: «¡Estupendo! ¡Qué envidia!».

Por suerte Rover y el spaniel decidieron desavenirse en ese preciso momento, y en la subsiguiente refriega fue imposible continuar con la conversación.

Esa tarde Clare se sentó a escribir una nota dirigida a Vivien. Le pidió que se reuniese con ella al día siguiente en la Vera, ya que tenía algo importante que comunicarle.

El día siguiente amaneció claro y despejado. Clare subía exultante por el empinado camino. Hacía un día magnífico. Se congratulaba de haber decidido decir lo que debía decir al aire libre, bajo el cielo azul, en lugar de encerrada entre las cuatro paredes de su pequeña sala de estar. Lo sentía por Vivien, lo sentía mucho, pero no quedaba otro remedio.

Vio un punto amarillo a lo lejos, más arriba, como una flor al lado del camino. Conforme se acercaba, el punto se tornó más nítido, hasta dibujarse claramente la figura de Vivien sentada en la hierba, con un vestido amarillo de punto y las manos cruzadas en torno a las rodillas.

-Buenos días -saludó Clare-. ¿No hace un día precioso?

-¿Ah, sí? -dijo Vivien-. No me había dado cuenta. ¿Qué querías decirme?

Clare se dejó caer en la hierba junto a ella.

-Déjame recobrar el aliento -se excusó Clare-. Hasta aquí hay una buena caminata, y cuesta arriba.

-¡Maldita seas! -exclamó Vivien con voz aguda-. ¿Por qué no hablas de una vez en lugar de torturarme, demonio con cara de ángel?

Clare quedó estupefacta, y Vivien se retractó de inmediato.

-Lo he dicho sin querer. Lo siento, Clare. De verdad, lo siento. Es solo que... tengo los nervios destrozados, y tú ahí sentada, hablándome del tiempo... En fin, he perdido los estribos.

-Tendrás un ataque de nervios si no vas con cuidado -dijo Clare con frialdad.

Vivien dejó escapar una breve risotada.

-¿Volverme loca, yo? No, no soy de esas. Nunca seré una chiflada. Y ahora dime, ¿por qué me has hecho venir aquí?

Clare permaneció callada por un momento. Cuando por fin habló, en lugar de mirar a Vivien, mantuvo la vista fija en el mar.

-Me ha parecido justo advertirte que ya no puedo guardar silencio por más tiempo... respecto a lo que ocurrió el año pasado.

-¿Significa eso que vas a contárselo todo a Gerald?

-A menos que se lo digas tú misma -respondió Clare-. Eso sería lo mejor.

Vivien soltó una estridente carcajada.

-De sobra sabes que no tengo valor para eso.

Clare no la contradijo. Ya antes había comprobado la cobardía de Vivien.

-Sería lo mejor -repitió.

Vivien respondió de nuevo con aquella risa breve y desagradable.

-Te obliga a hacerlo tu recta conciencia, supongo -dijo con desdén.

-Seguramente a ti eso te parece muy extraño -repuso Clare con serenidad-, pero es así, créeme.

Pálida y tensa, Vivien la miró a la cara.

-¡Dios mío! -exclamó-. Además, lo dices convencida. Realmente piensas que esa es la razón.

-Es la razón.

-No, no lo es. Si lo fuese, habrías hablado ya hace tiempo. ¿Por qué no lo has hecho? No, no contestes. Yo te lo diré. Te proporcionaba más placer amenazarme, por eso no has hablado. Preferías tenerme sobre ascuas y ver cómo me crispaba y estremecía. Hacías comentarios... comentarios diabólicos... solo para atormentarme y mantenerme siempre con el alma en vilo. Y al principio te daban resultado, pero luego me acostumbré.

-Empezaste a sentirte a salvo -corrigió Clare.

-Te diste cuenta, ¿verdad? Aun así, guardaste el secreto, disfrutando de tu sensación de poder. Pero ahora nos marchamos, escapamos de ti, quizá incluso seamos felices... y eso no lo tolerarías por nada del mundo. ¡Así que ahora tu conciencia va y se despierta, justo cuando te conviene! -Se interrumpió, respirando agitadamente.

-No puedo impedir que digas semejantes disparates -replicó Clare, todavía con calma-, pero te aseguro que nada de eso es verdad.

De pronto Vivien se volvió hacia ella y la cogió de la mano.

-¡Por amor de Dios, Clare! Me he enmendado. He hecho lo que me pediste. No he vuelto a ver a Cyril, te lo juro.

-Eso no tiene nada que ver.

-¿Es que no tienes corazón, Clare? ¿No conoces la compasión? Te lo suplicaré de rodillas si hace falta.

-Cuéntaselo tú misma a Gerald. Si se lo dices, quizá te perdone.

Vivien rió con sorna.

-Tú conoces bien a Gerald y sabes que no me perdonará. Montará en cólera; querrá vengarse. Me hará sufrir. Hará sufrir a Cyril, y eso es lo que no resisto. Escúchame, Clare, ahora le van bien las cosas. Ha inventado algo, una máquina. Yo no entiendo de eso, pero puede ser un éxito extraordinario. En estos momentos está desarrollando la idea. Su esposa pone el dinero, claro está. Pero es una mujer desconfiada... celosa. Si se entera, y se enterará en cuanto Gerald comience los trámites del divorcio, se desentenderá de Cyril, de su trabajo, de todo. Cyril estará acabado.

-Cyril no me preocupa -dijo Clare-. Me preocupa Gerald. ¿Por qué no piensas un poco en él también?

-¡Gerald! Gerald no me importa ni esto -chasqueó los dedos-. Nunca me ha importado. Ya que estamos, ¿por qué no hablar con franqueza? Pero quiero a Cyril. Soy una completa sinvergüenza, lo reconozco. Posiblemente también Cyril lo es. Pero mis sentimientos hacia él son sinceros. Moriría por él, ¿lo oyes? ¡Moriría por él!

-Eso es fácil decirlo -repuso Clare con desprecio.

-¿Crees que no hablo en serio? Te lo aviso: si sigues con este asqueroso asunto, me mataré. Antes eso que ver a Cyril en la miseria.

Clare no se dejó impresionar.

-¿No me crees? -preguntó Vivien con la respiración entrecortada.

-El suicidio requiere mucho valor.

Vivien se echó bruscamente hacia atrás, como si hubiese recibido un golpe.

-En eso te doy la razón. Es verdad, no tengo agallas. Si hubiese una manera fácil...

-Delante de ti hay una manera fácil -dijo Clare-. Solo tienes que bajar derecha por esa pendiente verde. Todo terminaría en un par de minutos. Recuerda lo que le ocurrió a aquel niño el año pasado.

-Sí -respondió Vivien, pensativa-. Eso sería fácil, muy fácil, si una quisiese realmente...

Clare se echó a reír.

Vivien se volvió hacia ella.

-Hablemos seriamente de esto una vez más. ¿No te das cuenta, Clare, de que habiendo guardado silencio tanto tiempo, ahora no... no tienes derecho a empezar de nuevo con eso? No veré a Cyril nunca más. Seré una buena esposa para Gerald, lo juro. O si no, me marcharé y Gerald no volverá a verme por aquí. Lo que tú prefieras. Clare...

Clare se puso en pie y dijo:

-Te aconsejo que se lo cuentes tú misma a tu marido; de lo contrario, lo haré yo.

-Entiendo -susurró Vivien-. Bien, no voy a consentir que Cyril sufra...

Se levantó, permaneció inmóvil por un momento, como si reflexionase, y luego trotó hacia el camino, pero en lugar de parar al llegar a él, lo cruzó y siguió pendiente abajo. Volvió una vez la cabeza y se despidió de Clare con un gesto jovial. Después continuó corriendo, alegre, despreocupada, como un niño, hasta perderse de vista.

Clare se quedó paralizada. De pronto oyó exclamaciones, gritos, un clamor de voces. Por fin, silencio.

Agarrotada, descendió hasta el camino. A unos cien metros de allí se había detenido un grupo de gente que subía.

Miraban y señalaban hacia el borde del acantilado. Clare corrió hasta ellos.

-Sí, señorita, se ha despeñado alguien. Dos hombres han bajado... a ver.

Clare aguardó. ¿Transcurrió una hora, una eternidad, o solo unos minutos?

Un hombre trepaba con esfuerzo por el escarpado terreno. Era el párroco en mangas de camisa. Se había quitado la chaqueta para cubrir el cuerpo que yacía abajo.

-Espantoso -dijo, muy pálido-. Gracias a Dios, ha debido morir en el acto -Vio a Clare y se acercó a ella-. Habrá sido una conmoción terrible para ti. Estabais paseando juntas, ¿no?

Clare se oyó contestar mecánicamente.

Sí. Acababan de separarse. No, el comportamiento de lady Lee había sido normal. Una persona del grupo comentó que la había visto reír y despedirse con la mano. Un sitio muy peligroso. Debería haber una barandilla al borde del camino.

La voz del párroco sonó de nuevo:

-Un accidente. Sí, sin duda ha sido un accidente.

Y de repente Clare prorrumpió en carcajadas roncas y estridentes que retumbaron en el acantilado.

-Eso es mentira -dijo por fin-. La he matado yo.

Notó una palmada en el hombro; oyó unas palabras de consuelo.

-Vamos, vamos. Tranquila. Enseguida te sobrepondrás.

Pero Clare no se sobrepuso enseguida. Ya nunca se sobrepuso. Persistió en su delirante idea -sin duda delirante, puesto que al menos ocho personas habían presenciado la escena- de que ella había matado a Vivien Lee.

Estuvo muy deprimida hasta que la enfermera Lauriston se ocupó de ella. La enfermera Lauriston obtenía excelentes resultados con los enfermos mentales.

-Les sigo la corriente a esos pobres infelices -explicaba con satisfacción.

De modo que se presentó a Clare como celadora de la cárcel de Pentonville. Le habían conmutado la pena de muerte por trabajos forzados, anunció. Una de las habitaciones se acondicionó como celda.

-Y ahora, creo, la tendremos contenta y a gusto -dijo la enfermera Lauriston al médico-. Tráigale cuchillos sin filo si quiere, doctor, pero dudo que haya riesgo de suicidio. No es de esa clase de pacientes. Demasiado egocéntrica. Es curioso que a menudo sean esos los que se vuelven locos con mayor facilidad.